

plazándola con un simple ágape. La muchedumbre sorprendida permanecía en silencio, escuchando ávidamente las palabras de los confesores.

«Esta comida, decía Cirilo, es llamada justamente comida libre, porque nos libra en efecto de las cadenas del mundo y de los males de la humanidad. Roguemos, hermanos míos, por ese pueblo que mañana batirá palmas presenciando nuestra muerte. ¡Roguemos por él y por nuestro emperador Galerio!

«Y los mártirés rezaban. Y no volvían de su asombro los paganos acostumbrados a ver a los criminales que se alegraban locamente en la orgía fúnebre, o se lamentaban de la próxima pérdida de su vida. ¿Qué es, decía, esta asamblea de Catones que, la víspera de su sacrificio, hablan de la muerte con tanta tranquilidad?... Los cristianos ruegan por nosotros, nos dan su comida, tienen el cuerpo lleno de heridas, y nada dicen contra nosotros ni contra sus jueces. ¿Será su Dios el Dios verdadero?

«De tal manera discurría la muchedumbre. Y entre tantos desdichados idólatras algunos lloraban exclamando: ¡qué grande es el Dios de los cristianos!... Y más tarde se hacían instruir en la fe de Jesucristo.»

MONSEÑOR BAUNARD

---

## LA JURATENA

---

Fue una historia de esas que no se olvidan nunca, de esas que se graban en el alma y allí permanecen como la herida que se hizo en una fruta todavía tierna; por eso yo la recordaba siempre al pasar por aquel sitio y ver cómo río perder en ese punto su salvaje ímpetu y en dulce remanso, que retrataba el paisaje, besar dulcemente el pie de aquella roca; y casi sin saberlo mur-

muraba el nombre con que la llamaban aquellos campesinos. Todavía tengo presentes todos los detalles de la narración de esa leyenda que tiene algo de dulce y algo de macabro y que es una estrofa perdida de las pocas que conocemos de la poesía que cantaron los hijos del sol.

Yo era todavía muy niño y en mi ansia de saberlo todo, todo lo preguntaba, por eso alguna vez que estuve veraneando en cierto pueblecito iba con otros compañeros al rancho de un viejo y después de correr y jugar por los potreros cercanos, le preguntábamos su vida y le escuchábamos historias y leyendas que se desprendían de su boca, perdida entre las barbas enmarañadas, una a una como las ciruelas del árbol cuando están maduras. Y aquella tarde empezó así:—«Ven aquella peña que sale del río y que tiene como figura humana?» Nosotros volvimos la mirada al punto que indicaba el viejo. A pocas cuerdas de distancia bramaba el río rompiendo sus aguas enlodadas contra enormes piedras que parecían restos de antiguos animales de formas ya muertas, y haciendo estremecer las flores de los *guamos* y *floritos* que bañaban sus últimas ramas en la rápida corriente; más abajo se formaba un remanso de donde se levantaba una roca alta y delgada como la última columna que quedara en pie de algunas ruinas; el sol poniente prolongaba su sombra y los helechos y arbustos que la coronaban parecían como un gorro, de plumas de aquellos que usaban los indios. Evidentemente aquella roca tenía figura humana.—Pues esa peña—continuó el anciano—tiene su historia; y de su boca, suavemente, entre una y otra espiral de humo de su tabaco con que la cálida brisa de la tarde jugaba un momento para hacer desaparecer después, brotó una leyenda que a lo que recuerdo fue la siguiente:

«Había en aquellas tierras, antes de que vinieran los españoles, dos tribus enemigas, siempre en guerra y cuyo único deseo era exterminarse entre sí. Por el tiempo que esto sucedía gobernaban las tribus Ur y

Guayur sus caciques respectivos, los cuales tenían dos hijos llamados Najao el del primero y Juratena la del segundo: Juratena era esbelta como todas las hijas de los valles tropicales: su piel estaba apenas teñida por el amarillo cobrizo de su raza, sus ojos eran negros como la cáscara pulida del coco y estaban sombreados por largas y sedosas pestañas, su cabellera negra y lacia salía como cascada por debajo de su gorro multicolor de plumas, pendía de su cintura un corto guayuco hecho de pequeñas semillas rojas y negras unidas con hilos de algodón, y en sus tobillos y en sus brazos brillaban siempre anchas ajorcas de oro; se ocupaba en oficios domésticos, pero muchas veces manejó la honda y podía a gran distancia clavar una flecha en el corazón de un colibrí. Su corazón era bueno como la pulpa de los mangos, pero siempre en su frente había una sombra de tristeza como si presintiera el fin que había de tener su existencia.

La última guerra que tuvieron las dos tribus fue sangrienta. En la llanura de Machamanga los sorprendió la luna todavía combatiendo: las flechas envenenadas silbaban en el aire repartiendo la muerte, bramaban las piedras de las hondas, y las macanas negras y pesadas caían sobre las cabezas como un diluvio de exterminio; a mucha distancia se oía el salvaje grito de guerra de los indios mezclado con el triste resonar de los *fortutos* y de los caracoles. Muchos guerreros quedaron en el campo y Najao, el hijo de Ur, preso y llevado a las tierras de sus enemigos, quienes lo engordarían para un festín si dentro de cinco lunas no era rescatado por gran cantidad de maíz, flechas de macana y oro en polvo; entre tanto podría andar con los guerreros y asistir a sus cacerías aunque directa o indirectamente vigilado por todos ellos. Najao era estimado por sus enemigos no sólo por su valor sino también por su prodigiosa

memoria, pues siempre los entretenía contándoles historias de los primeros moradores de la América. Era de regular estatura, y aunque tenía facciones duras llevaba con gran gentileza su gorro de plumas y muchas veces su flecha sorprendió al venado en su carrera o al águila en su vuelo. Cierta tarde llegaba Najao de los vecinos montes sudoroso y fatigado de una partida de caza a que había acompañado a sus enemigos; llevaba en su diestra unas cuantas aves muertas, en su izquierda el negro y potente arco y a su espalda una aljaba de cañas de colores de donde brotaba, como los estambres de una flor de cactus, la macana de sus flechas, el viento movía con gracia el imponente plumaje que ostentaba en su cabeza y por debajo de él flotaban sus cabellos largos y negros; parecía una estatua de basalto esculpida por el cincel de algún artista griego. Najao nunca había visto a Juratena aunque sí había oído hablar de su belleza, pero aquella tarde se atravesó con ella en su camino: venía de la vecina fuente trayendo en su cintura una ánfora de barro llena de agua y se dirigía a su *bohío*, era la encarnación de la belleza salvaje de esa raza que casi desapareció del suelo de la América, sin un gemido, bajo la rabia y la codicia españolas como un maizal seco bajo las llamas de un incendio. Najao y Juratena se miraron un momento y esa mirada puso el rojo de la flor de amaranto en las mejillas de la joven y la palidez de la ceniza en las de él. Ella, más rápida, se dirigió al bohío y en la mano de Najao tembló el arco con la contracción nerviosa de su cuerpo que se estremeció como el agua de las lagunas bajo el beso del viento. Desde entonces se amaron.

Dos lunas después el joven se atrevió a pedir la mano de Juratena a su padre Guayur y fue tal la indignación del cacique al ver que el hijo de su enemigo amaba a Juratena, que en medio de su rabia lanzó estas

palabras: «Antes quisiera ver su corazón convertido en roca, que saber que en él existe rastro de amor hacia su enemigo.» Desde entonces ya no volvió a salir el joven, las puertas de la prisión se cerraron para siempre y se prometió inmolarlo en la próxima fiesta del sol. Pero una noche Juratena penetró en ella y ambos convinieron en abandonar el pueblecito; huirían a las tierras del cacique Ur y allí según los ritos de sus sacerdotes la haría su esposa.

El viejo terminó así:—«La maldición del cacique cayó sobre su hija porque aquella noche al pretender atravesar el río quedó convertida en roca y Najao desde entonces se tornó en un remanso que besa eternamente los pies de su amada, y en las noches oscuras y sin luna muchos que han pasado por cerca de la roca han oído como gemidos de mujer; y dicen las gentes que es el espíritu de la hermosa Juratena que llora agobiada bajo la maldición de su padre.»

El sol acababa de desaparecer en medio de un incendio de ópalo y de oro; los montes del oriente se bañaron en un violeta pálido, los *toches* y las *mirlas* elevaron su oración de la tarde en un arpegio que llenó todo el valle. El ambiente era tibio y perfumado y en mis ojos y en los de mis compañeros dibujaron las últimas palabras del viejo una contracción de admiración y de tristeza; desde entonces brotó en mi alma un amor hacia aquella roca, que me pareció más bella que un grupo de Fidias porque no la esculpió el cincel de un artista sino la triste y severa imaginación de los poetas indios. El río continuaba llenando el aire con sus gemidos y más abajo en la penumbra de la tarde la Juratena se hacía más fantástica, más evocadora, más poética.

JOAQUIN SERRANO Y SERRANO  
colegial.

Bogotá, agosto de 1924.